

VI.- SESIONES NECROLÓGICAS

Tuvieron lugar dos sesiones necrológicas, una en memoria del Académico de Honor Excmo. Sr. D. Angel Reigosa Reigosa en fecha 30 de octubre de 2017 y otra en memoria del Académico Emérito Ilmo. Sr. D. Miguel Suau Rossello en fecha 28 de mayo de 2018.

VI.I.- SESIÓN NECROLÓGICA DEL EXCMO. SR. DON ANGEL REIGOSA, ACADEMICO DE HONOR Y EX PRESIDENTE DEL T.S.J.I.B.

Intervinieron en la necrológica en memoria del Académico de Honor Excmo. Sr. D. Ángel Reigosa Reigosa el Excmo. Sr. D. Antonio J. Terrasa García y el Ilmo. Sr. D. Rafael Perera Mezquida.

VI.I. 1.- INTERVENCIÓN DE DON ANTONIO JOSÉ TERRASA GARCÍA ACADEMICO DE NÚMERO Y MAGISTRADO

Esta tarde nuestra actividad académica queda reservada a la memoria de Ángel Reigosa Reigosa, magistrado que se jubiló siendo presidente del Tribunal Superior de Justicia, y académico honorario de nuestra corporación, a quien seguramente no le convencería el título de esta sesión necrológica, una denominación desde luego estatutaria, pero lúgubre a más no poder.

Dado que no me corresponde desarrollarla, conviene que justifique mi legitimación para esta inicial y breve intervención, no tanto por haberle sucedido en aquella presidencia, cuanto por haberle tratado personalmente durante más de doce años en la Sala de Gobierno del tribunal.

No era fácil captar a primera vista su verdadera idiosincrasia, en alguna medida desconcertante.

Austero e incluso adusto en el trabajo, siempre fue exigente, y también meticuloso con la precisión en el lenguaje (el diccionario de María Moliner, siempre a mano), pero en cualquier conversación distendida podía mostrarse informal, locuaz, ingenioso, y divertido.

Su espontánea inclinación a la franqueza topaba con su natural gallego, lo que exigía desentrañar el mensaje de fondo, y eso podía desorientar a un interlocutor poco entrenado:

- ¿Qué tal Presidente, cómo va?

- *Bueeno... tampoco te vayas a creer..., por una parte ya lo ves, y por otra ¿qué quieres que te diga?*

A continuación podía mencionar -sin indulgencia- alguna de sus dolencias, porque siempre tenía alguna a mano para describir e identificar lo que describía como una *mala salud de hierro*.

Su firmeza de carácter entonaba con su admiración por lo marcial:

- aludía con vehemencia, fruto de su convicción, a la envidiable disciplina militar frente al espíritu díscolo de los jueces; aunque no me parece prudente reproducir aquí la comparación.

- comentaba con emoción espontánea los detalles de un desfile militar hasta que, llegado un punto, entendía necesario justificarse para evitar malos entendidos: *A mí es que me gustan los desfiles militares. Ya ves que soy un poco infantil...*

- le gustaba recibir las novedades al modo castrense: *Buenos días Presidente. Sin novedad.*, pero aun con ello no podía reprimir su veta céltica: *¿Sin novedad? Eso lo dirás porque no te has enterado...*; y no me había enterado, efectivamente, hasta ese instante en que me puso al día, con lujo de detalles para mayor escozor; y como acusé el golpe, a partir de entonces la fórmula varió: *Buenos días Presidente. Sin novedad que yo sepa.*; le hizo gracia y aprobó la estrategia preventiva: *Está bien eso...*

La verdad es que nadie lo reconocería si me atreviese a describirlo como un optimista pletórico y exultante, porque nunca fue lo que se dice un ingenuo, un rousseauniano, ni menos un romántico instalado en el optimismo nato por aquello de la bondad natural del hombre; pero tampoco fue un pesimista antropológico, ni un desilusionado, aunque sí crítico ante la mordiente realidad.

Se enfrentó a los engraidos y soberbios, pero condescendió frente a cierta vanidad inofensiva, de poca monta, intrascendente y hasta ridícula, porque según él: *un pitillo y una medalla son cosas que, a un hombre, no se le pueden negar...*

Como ex fumador fue un abstigente nostálgico y tolerante: *Es verdad que fumar acorta la vida; pero, y lo que la ensancha? Seguro que en el cielo dejan fumar.*

Todo políticamente incorrecto, pero sincero.

Recuerdo que un interno -descontento con su situación penitenciaria- se quejó del director del Centro (quién, según él, le tenía manía y no estaba por la labor), de la Junta de tratamiento (según él, una deprimente manada de inútiles que había informado desfavorablemente su solicitud), y del juez (según él, un pobre tonto crédulo). Ángel apostilló: *Ya veremos si tendrá razón, pero hemos de reconocer que no se ha ofuscado, sino que ha matizado sin cegarse por un impulso indiscriminado. Vaya, que ha repartido; a cada uno lo suyo...*

Pero esa capa de retranca y austeridad cobijaba una sensibilidad más soterrada, menos patente, que le llevaba a considerar que incluso los animales tienen una conciencia de sí mismos y una capacidad de empatía que evoca el alma humana.

Y es que lo suyo sonaba más bien a existencialismo, a la naturaleza problemática del ser humano, y al conflicto interior; y por eso su franqueza pudo convivir con cierto desencanto y una buena dosis de escepticismo, que en definitiva sólo significa mirar con cuidado, mostrarse cauteloso, prudente (la primera de las virtudes teologales no es la justicia sino la prudencia).

Así que, para no arriesgar innecesariamente, encabezaba sus informes gubernativos, de estilo conciso pero definitorio, con la reveladora fórmula *Creo poder afirmar*. Todo por si acaso...

Vivió el Derecho sorteando el reglamentarismo incoherente y estéril, enfocando el conflicto en términos de dimensión y repercusión humanas, y renegando del barullo normativo encubierto de tecnicismo: *Ya se ha vuelto a complicar la ley de enredamientos urbanos...*

Su contundencia a veces irrefrenable, que pudo disgustar a algunos, resonó en tono institucional para proclamar la exclusiva sujeción del juez a la Ley, y para reclamar una crítica argumental exenta de descalificaciones personales.

Pero siempre reconoció las inconsecuencias del sistema, porque -como cualquier optimista bien informado- su verdadera especialidad era lo mal que va la Justicia, algo que tampoco se cansó de reconocer desinhibidamente.